

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Para develar un espejismo

Colón. América. Medellín

MANUEL URIBE ÁNGEL

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana,
Medellín, 2013, 122 págs.

HAY LIBROS como este de Manuel Uribe Ángel (cuyo original fue publicado en 1892) que tienen la curiosa virtud de exponer, como si fuera en tono menor, suficientes argumentos para desmentir la tesis expresamente declarada por el autor. La primera y más extensa parte, dedicada a Colón, es un superlativo ditirambo que se esmera en honrar al personaje y celebrar su odisea. La hipérbole, elocuente al fin, nos asalta desde el mero comienzo cuando leemos, nada más y nada menos, que “la obra del genovés parece como una segunda creación: ‘Dios dijo: que la luz sea, y la luz fue’, y Colón dijo: ‘descúbrase un nuevo mundo’, [y un nuevo mundo] surgió del seno de los mares” [pág. 10]. Al final del ensayo, volvemos a encontrar esta idea del Colón creador al enterarnos de las zozobras durante el primer viaje del Almirante en el que éste estuvo a punto de perder la cabeza por un motín de los nada felices tripulantes; el narrador ensalza “la figura egregia del piloto genovés, gobernando un frágil leño de pocas toneladas, con el puño puesto en el timón, con el ojo clavado sobre el Occidente y con el corazón alentado por la fe”. Entonces, agrega, “no he podido detener el vuelo a la imaginación, y he exclamado: ‘¡Salud, sublime genitor de América!’”. Nos enteramos de que el mismísimo Colón

duplicó la extensión entonces conocida del planeta; amplió prodigiosamente la flora y la fauna corrientes de su centuria; dotó a la humanidad con las ingentes riquezas del Nuevo Mundo y, en fin, creó este vasto palenque de América... [pág. 42]

¿Se comprende el alcance de estas expresiones? Según esto, el continente, que sería llamado América y que los europeos no conocían –aunque había sido ya visitado por Erik el Rojo y por otros europeos analfabetos que no hacen historia–, desde el Ártico hasta la Antártida, no existía hasta que llegó Colón. Este demiurgo lo habría hecho surgir con todas sus montañas, sus rocas, sus mares, sus ríos, sus pueblos, su flora y fauna, tal como Dios mismo según se dice, de la mismísima nada. En México llaman a esto, feamente, *ningunear*, ignorar al otro, hacer como si no existiera en absoluto; es cosa muy fea nombrada con fea palabra que es capaz, sin

embargo, de decir lo que hace y hacer lo que dice en un solo término; pues ningunear, como su nombre lo indica, es lo que hace el autor colonizado para el cual no existía un inmenso continente densamente poblado por el mero hecho de no haber sido visto a través de ojos europeos letrados. Hasta dónde lleva el autor esta idea de Colón-genitor es posible apreciarlo cuando leemos que Homero, Orfeo, Aquiles, Galileo eran, cada uno en su medio, pulgas enanas al lado de este *non plus ultra*: “En los límites de lo humano, nadie ha rayado a mayor altura que Colón, ni con la pluma, ni con la lira, ni con la espada, ni con el telescopio, ni con nada de lo que engrandece; y de su gloria podemos decir a boca llena y con razón lo que sin ésta escribieron los antiguos en las columnas de Hércules: ‘No hay más allá’”.

Se enaltece al héroe y, enseguida, claro, a Colombia: “De todas las naciones, solamente la nuestra ha consagrado su nombre con el del eminente genovés” [pág. 41]. ¿En qué se convierte este vano orgullo una vez que retiremos las investiduras que le han puesto al personaje y lo apreciemos en su plena desnudez, una vez que comprendamos la escueta y cruda evidencia de que el descubrimiento y la conquista de América fue benéfico para Europa y al mismo tiempo fue una calamidad sin nombre para las tierras y los pueblos hispanoamericanos?

En 1992, los gobiernos de España y de Colombia celebraban el quinto centenario del así llamado descubrimiento, y fue entonces cuando el nonagenario Germán Arciniegas, en el otro polo de la actitud asumida por Uribe Ángel cien años antes, declinaría la invitación que le hicieran las autoridades españolas para unirse a los festejos..., y no sólo por su avanzada edad... Tantos historiadores y letrados exaltan el regalo inestimable que nos habría legado la Madre-Patria-España en su lengua, que es la misma con que se escribe la historia de Hispanoamérica por parte de los vencedores y que sería nuestra lengua materna, sin percatarse, aquellos letrados de que, precisamente, como mestizos que somos (los españoles trajeron muy, pero muy pocas mujeres españolas con ellos y muchas de ellas eran gitanas, moras, inmigrantes de origen africano), nuestras lenguas maternas eran las lenguas indias o negras y todas ellas fueron exterminadas, borradas, estigmatizadas, discriminadas y excluidas por los poderes de turno que trajeron nuestros padres de España; o sea que, a falta de lengua-madre, nos tocó hablar en una lengua-padre, misma lengua de los conquistadores y colonizadores que vinieron con Colón y su tropa, hermosa lengua en la cual escribió San Juan de la Cruz su poema “En una noche oscura, con ansias en amores inflamada, ¡oh dichosa ventura!, salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada...”, y en la que escribió Cervantes su genial historia del Quijote, un ser magnánimo y bondadoso que encarna el sentido de justicia, un hombre sencillo, despojado y querendón que odiaba los oropeles, todo lo contrario a Colón, con talante de déspota, rapaz y esclavista, eterno pretendiente de tesoros, títulos y riquezas y lleno de ínfulas hasta el final de sus días, en el que no podía caber “esa espaciosa sencillez que llamamos grandeza” que le

atribuye Salvador de Madariaga, cautivado él también, como Bolívar, por el embrujo del Almirante, o sea por el poder de la Corona Española.

Es cierto que la leyenda urdida sobre Cristóforo Columbus iba a deshacerse solo a partir del Congreso de Americanistas celebrado en 1900, sobre todo con el libro de 1905 del estadounidense Henry Vignaud, *Estudios críticos sobre la vida de Colón antes de sus descubrimientos*, obra extensa de la cual hizo el autor en 1921 un resumen, *Cristóbal Colón y la leyenda*, que termina con estas palabras: "...he comprobado con sentimiento que no podría señalarse en su vida ninguno de esos rasgos de benignidad que son ornato de las grandes almas". En 1892, cuando publicó su libro, el historiador y geógrafo Uribe Ángel sabía ya demasiadas cosas acerca del Almirante y ellas están consignadas en el texto, sólo que estas cosas, abominables, quedan subordinadas al imperio y la censura de Colón que las hace pasar, apenas, como "un lunar que afea la alta figura de aquel descubridor"; sin embargo, son concluyentes para un lector descolonizado. A propósito del caos, la anarquía y la rebelión de los españoles contra Colón y sus hermanos Diego y Bartolomé bajo cuyo mando estaba La Isabela, leemos:

La persecución a los infelices naturales; el deber que se les impuso de trabajar gratuitamente en las minas; el tributo con que se les abrumaba; la inhumanidad de tenerlos y venderlos como esclavos; la sevicia con que se les trataba, y otros mil agravios, todos ellos odiosos, tolerados unos por el Almirante, y prescritos otros por él mismo, debían dar, y dieron en efecto, el lamentable resultado que era de temerse". [pág. 34]

Por orden del juez Bobadilla enviado por la Corona, que investigó el asunto, le fueron puestos grillos a Colón y lo llevaron a España, donde enseguida lo liberaron de las cadenas. Una vez regresó a La Isabela y para calmar los ánimos de los amotinados, Colón fundó la encomienda y la mita, "convino en repartir las tierras entre sus enemigos, y les permitió además compeler a los indios a que les sirviesen como esclavos, en trabajos agrícolas y de minería". A lo que agrega el autor que

Fue entonces cuando, después de sus victorias, estableció esa enorme abominación que los anales americanos han conocido con el nombre de 'tributo de los indígenas', lunar que afea la alta figura de aquel descubridor". [pág. 34]

A Humboldt, en *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente (1836-1839)*, le hacía gracia la idea de que Colón era un experto marino, como asegura Uribe Ángel siguiendo a pie juntillas la leyenda, dado que no sabía medir con mediana exactitud la latitud de un sitio: calculó la latitud del fuerte de la Mina en África por debajo de la línea ecuatorial, cuando resulta que está a poco más de 5° al norte; se equivocó 14° en la latitud que asignó a Cuba. Es verdad que había hecho cabotaje, navegación cerca a la costa oeste de África, y que se había embarcado en la marina mercante, en uno de cuyos viajes resultó naufrago en las costas de Portugal; sin embargo, Colón experto en artes de marinería no era y tampoco estudió en la Universidad de Pavía. Al

enterarse de la historia que le contara el protonauta, a la que se refiere muy al comienzo Uribe Ángel en su texto, se puso en la tarea de esculcar libros y aprender cosmografía y artes de marinería, ¡con muchas lagunas!, pues se equivocaba, y por mucho.

Un germen de la leyenda urdida sobre el genovés se encuentra en la obra de Bartolomé de las Casas –que quería a toda costa enaltecer y ennoblecer a Colón y a los Reyes Católicos y validar la empresa de la Conquista llevada a efecto por parte de España–, y en la *Historia del Almirante don Cristóbal Colón* que escribió su hijo Hernando, el cual se pasaría la vida entera interponiendo pleitos contra la Corona donde reclamaba que se reconocieran los derechos, títulos y honores de su padre; un infatigable e insaciable ávido de gloria, títulos y riquezas igual que el padre, muy interesado en exaltar, en reinventar la persona y la familia de Colón para preservar y acrecentar el favor de los Reyes.

A propósito de la historia del protonauta, que la mayoría de textos de historia omiten pese a la mención hecha por fray Bartolomé de las Casas en su obra, escribe el autor que

algunos atribuyen el origen de la primera idea que tuvo el genovés respecto a la existencia de tierras situadas muy lejos, al occidente del viejo mundo, a relación que le hizo Alonso Sánchez de Huelva en las Canarias. Según el decir de algunos, Sánchez le refirió que al navegar al occidente de la isla de Madera, recio viento, al que no pudo contrarrestar, lo empujó mar adentro hasta dar en una isla, de la cual regresó penosamente y con pérdida de la mayor parte de sus compañeros.

A Uribe Ángel este relato se le hace "ya que no imposible, inverosímil, porque antes de la fecha a que ese asunto atañe, parece que el italiano hablaba de la pretendida pretensión que tenía de llegar a las Indias, navegando hacia el ocaso". Sin embargo, el autor duda, pues agrega:

Cierta o no esta confidencia, nada quita a la gloria del descubridor, así como tampoco se amengua su inmortalidad por la circunstancia de que los escandinavos hubieran conocido el continente de América antes que él". [pág. 11]

Que tal historia resulta verídica, ¿quién dudaría de ello hoy día?, es el objeto del extenso libro de Juan Manzano Manzano, *Colón y su secreto. El predescubrimiento*: en efecto, ya habían llegado a las Antillas unos españoles, de esos que no escriben y por eso no hacen historia, y Colón oyó de boca de uno de éstos, vasco, antes de morir, la historia fidedigna de tal suceso. Fray Bartolomé de las Casas se refirió a esta historia en su obra, y cuenta que únicamente el cura confesor de Colón, el abate Marchena, sabía el "secreto", la confidencia del marino o protonauta que aseguraría el apoyo de la reina, cercana al abate, para la empresa. Así pues, Colón no tenía duda alguna acerca de la existencia cierta del lugar adonde iba, y ello fue decisivo a la hora de contar con el apoyo de la reina, una isla en cierta región de las Antillas: definitivamente no llevaba un mapa en blanco.

Para hablar en plata blanca resulta que los Colón

gobernaban como tiranos: aún más tiránica que la de Cristóbal había sido la gobernación de La Isabela, y luego de Santo Domingo, por parte de su hermano Bartolomé, quien resultó un excelente militar en la guerra contra los indios y a la vez un pésimo gobernante, ¡qué casualidad!, por lo que la colonia española estaba hambrienta y sublevada. Los Colón aplicaban en la isla La Española (hoy República Dominicana y Haití) y en La Isabela, con todo su rigor, la consigna del régimen hitleriano según el aviso aparecido en el órgano oficial del partido gubernamental nazi el 4 de abril de 1938: “¡Primero cañones, después mantequilla!”. No querían ellos una gobernación compartida, querían ejercer el poder exclusivo con todos los beneficios que ello implicaba. Colón extorsiona a los indios, que son obligados a entregar una campanilla de Flandes llena de oro cada tres meses por cada indio-varón-mayor-de-catorce-años-habitante-de-un-distrito-de-minas-de-oro, y una arroba de algodón para los que vivían en regiones menos favorecidas. Y si llegara a escasear el metal precioso, ahí está la esclavitud: “Oro es todo lo que oro vale: si se acaba el oro, cambiaremos esclavos por oro” (carta del almirante a sus Altezas, el Rey y la Reina, 1503, ignorada por Uribe Ángel). Colón captura y trafica con indios esclavos en América. Un hombre, mediano, podía valer 8 mil maravedís. En otoño de 1498 llegan barcos a España enviados por Colón, con una carta: “De acá se pueden, en el nombre de la Santísima Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudiesen vender”. Por orden de Colón, Alonso de Ojeda había cortado la oreja a un indio que se había quedado con unas ropas de cristiano, y puso luego en prisión a un cacique y a dos indios principales que vinieron a quejarse a él por el castigo del primer indio. Ojeda envía los prisioneros al virrey Colón, quien gobernaba en La Isabela, y éste los manda decapitar a los tres en el centro de la plaza.

Cristóforo *Columbus* (de *Columba*, “paloma” en latín), Soberbia Paloma con Garras, Voraz y Rapaz, se echaría al bolsillo los diez mil maravedís prometidos por la Corona a quien primero viese Tierra, y que correspondían al marinero de la carabela *La Pinta* llamado por su apodo Rodrigo de Triana. El comentario de Uribe Ángel a propósito de esta truhanería de Colón, nótese el eufemismo al que apela: “El premio fue discernido [¡] por Colón, aunque como bien se sabe no fue él quien vio la tierra por primera vez”.

El sagaz aforista Lichtenberg daría en el blanco al escribir que “El primer americano descubierto por Colón hizo un descubrimiento atroz”.

En la segunda parte del libro dedicada a América, el autor se lamenta de que los conquistadores hispanos que entraron al continente, salvo rarísimas excepciones, carecían de “moral”, de “nobleza”, de “buen gusto” y de “instinto de la poesía” [pág. 54], razón por la cual desperdiciaron y menospreciaron aquello que encontraron. El libro termina con una descripción de Medellín para finales de siglo XIX, cuando aún no había llegado la luz eléctrica y el acueducto estaba por construirse. La villa le merece a Uribe Ángel los más grandes elogios, era poco menos que un paraíso:

Del Ancón en adelante, el río [Medellín] serpea con gracia por el centro de un plano levísimamente inclinado, y es tan mansa su corriente, y son tan cristalinas sus aguas, y tan regulares las curvas que forma y que recorre, que, viéndolo desde las eminencias de sus flancos, cualquier observador estaría tentado a calificarlo de navegable”. [pág. 67]

El deterioro y mengua de las aguas del río a lo largo del siglo XX se dio a la par con la degradación de la antigua arquitectura de la ciudad, que se vino a menos a partir de 1960 de manera escandalosa.

Resulta inexcusable el hecho de que, de principio a fin, menudean las erratas en el texto. Unos pocos ejemplos: a propósito de las Capitulaciones de Santa Fe, dice que “Por el temor [debe decir “tenor”] de este convenio, Colón obtuvo, entre otras ventajas ...” [pág. 20]. En medio de las trifulcas de españoles contra la tiranía y codicia de los hermanos Bartolomé y Cristóbal Colón, leemos que “la contienda vino a terminar en una especie de tripulación [por “capitulación”], humillante para D. Cristóbal [¿?]. Convino en repartir las tierras entre sus enemigos, y les permitió además compeler a los indios a que se [sic] sirviesen como esclavos, en trabajos agrícolas y de minería” [págs. 34-35]. Al final del ensayo sobre Colón leemos una declaración [pág. 43] a todas luces ingenua e ilusa del autor (si comprendemos las ruinas que era Colombia al final de un siglo plagado de guerras civiles y ¡ya venía la guerra civil de 1895 y la de los Mil Días que arranca en 1899!) acerca del futuro de “este vasto palenque de América” que promete “fraternidad”, “equitativa distribución de la riqueza” y “perfecto deslinde de la libertad de cada uno con la seguridad de los demás”. Sigue con una frase en la que hay varios lapsus, que dejan, sin embargo, leer algo entre líneas dispares, y uno no puede menos que evocar, al cabo, a Nietzsche cuando dice en *Ecce homo* que “Todos los problemas de la política, de la organización social, de la educación han sido completamente falsificados, por el hecho de que se toman por grandes hombres los hombres más nocivos [nefastos, inicuos], y se enseñó a despreciar las ‘pequeñas cosas’, o sea los asuntos fundamentales de nuestra vida”. Dice Uribe Ángel que una vez que “las razas, la industria y las ciencias” vengan a resolver algún día aquellos tres capitales problemas (emblemas de la Revolución francesa), “Entonces (así lo espero con fe religiosa y científica) los cañones que truenan en los campos de batalla, como signos de muerte, de miseria y de tiranía, [tronarán] como hoy, en el cuarto aniversario [debe decir “centenario”] del descubrimiento del Nuevo Mundo, para pregonar la gloria de los grandes hombres”. Sin embargo, los nombres propios no son inocentes, y ocurre que los cañones que pregonan la gloria de Colón son hoy, como antaño, los mismos que devastan, arrasan y someten a las grandes minorías en Colombia.

Rodrigo Pérez Gil